

El principito, una vez en el suelo, se sorprendió mucho al no ver a nadie. Empezaba a temer haberse equivocado planeta, cuando un anillo color de luna se removió sobre la arena.

- Buenas noches -dijo el principito a la ventura.
- Buenas noches -correspondió la serpiente.
- ¿Sobre qué planeta he caído? -preguntó el principito.
- Sobre la Tierra, en Africa -informóle la serpiente.
- ¡Ah!... ¿Y no hay nadie sobre la Tierra?

-Aquí es el desierto. En los desiertos no hay nadie. La Tierra es grande -precisó la serpiente.

El principito se sentó sobre una piedra y levantó los ojos al cielo:

-Me pregunto -dijo- si las estrellas están iluminadas a fin de que cada uno pueda un día encontrar la suya. Miró

planeta. Se halla precisamente encima de nosotros... ¡Pero qué lejos está!...

- Es bello -dijo la serpiente-. ¿Qué vienes a hacer aquí?
- Tuve dificultades con una flor -explicó el principito.
- ¡Ah! -silbó la serpiente. Y ambos se callaron.
- ¿Dónde están los hombres? -prosiguió por fin el principito-. Uno está un poco solo en el desierto...
- También está uno solo entre los hombres -opinó la serpiente.

El principito la miró mucho rato.

- Eres un animal muy curioso -le dijo por fin-. Delgado como un dedo...
- Pero soy más poderoso que el dedo de un rey -repuso la serpiente.

El principito sonrió.

- No eres muy poderoso... Ni siquiera tienes patas... no puedes viajar.
- Puedo llevarte más lejos que un navío -afirmó la serpiente. Esto diciendo, se enroscó alrededor del tobillo principito, como un brazalete de oro. Y añadió:- Aquél a quien yo toco, lo devuelvo a la tierra de donde ha salido. Pero eres puro y vienes de una estrella...

El principito no respondió nada.

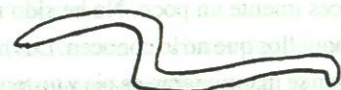
-Te compadezco, tan débil, sobre esta Tierra de granito. puedo ayudarte si echas de menos tu planeta, demá

Puedo...

-¡Oh! Te comprendo muy bien -dijo el principito-; pero, ¿por qué hablas siempre por enigmas?

-Yo los resuelvo todos -replicó la serpiente.

Y ambos se callaron.



-Eres un animal muy curioso -le dijo por fin-. Delgado como un dedo...

XX XVIII

El principito atravesó el desierto y no encontró sino una sola flor con tres pétalos, una flor de nada...

- Buenos días -saludó el principito.
- Buenos días -correspondió la flor.
- ¿Dónde están los hombres? -interrogó cortésmente el principito.
- La flor, cierto día, vio pasar una caravana.
- ¿Los hombres? -opinó-. Existen, a lo que creo, seis o siete. Los divisé hace años. Pero uno nunca sabe dónde dar con ellos. El viento los pasea. Les faltan raíces y eso les perjudica mucho.
- Adiós -dijo el príncipe.
- Adiós -repúsole la flor.



XIX

El principito subió a una alta montaña. Las únicas montañas que conociera eran los tres volcanes que le llegaban a la rodilla. Y se servía del volcán extinguido como de taburete. "Desde una montaña tan alta como ésta", se dijo, "yo distinguiría de una vez todo el planeta y todos los hombres"... Pero no distinguió otra cosa que agujas de roca muy bien afiladas.

- Buenos días -dijo a la buena de Dios.
- Buenos días... buenos días... buenos días... -repuso el eco.
- ¿Quién es usted? -inquirió el principito.
- Quién es usted... quién es usted... quién es usted... -repuso el eco montañero.
- Sean mis amigos, estoy solo -añadió el principito.
- Estoy solo... estoy solo... estoy solo... -remedó el eco.
- "Vaya planeta", pensó entonces. "Está todo seco, es puntiagudo y todo salado. Y los hombres carecen de imaginación. Repiten lo que uno les dice... En mi país yo tenía una flor. Y me sabía contestar..."

XX

Pero aconteció que el principito, habiendo caminado largamente a través de la arena, las rocas y las nieves, descubrió por fin, un camino. Y los caminos, todos, conducen a los hombres.

-Buenos días -dijo.

Era un jardín florido de rosas.

-Buenos días -dijeron las rosas.

El principito las miró. Todas ellas se parecían a su flor.

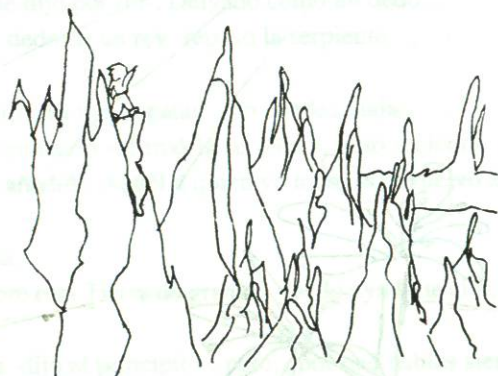
-¿Qué son ustedes? -les preguntó estupefacto.

-Somos rosas -explicaron las flores.

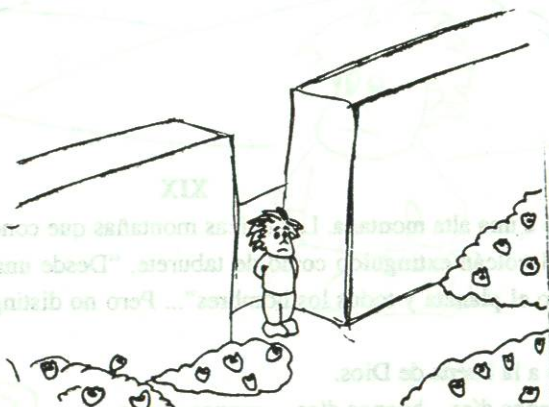
-¡Ah! -suspiró el principito.

Se sintió muy desgraciado. Su flor le había contado que era la única de su especie en todo el universo. Y he aquí que había cinco mil de ellas, todas semejantes, ¡en un solo jardín!

"Se sentiría muy vejada", se dijo, "si viera esto... Tosería enormemente y daría la impresión de ir a morirse por escapar al ridículo. Y yo me vería obligado a fingir que la cuidaba, por que, si no, para humillarme también a mí, se dejaría morir de verdad..."



Este planeta está todo lleno de montañas y altas cumbres.



Luego se siguió diciendo: "Me creía rico con una flor única, y no poseo sino una rosa común y corriente. Eso y tres volcanes que me llegan a la rodilla, y uno de los cuales, quizás, se apagó para siempre. Todo junto no hace de mí un príncipe..." Y acostado sobre la hierba, lloró.

XXI

Fue entonces cuando apareció la zorra.

-Buenos días -dijo la bestia.

-Buenos días -respondió finalmente el principito, quien se volvió; pero no vio nada.

-Estoy aquí, debajo del manzano...

-¿Quién eres? -quiso saber el principito-. Eres lindo...

-Soy una zorra -informóle ésta.

-Ven a jugar conmigo -propuso el principito-. Estoy tan triste...

-No puedo jugar contigo -indicó la zorra-. No estoy domesticada.

-Bueno excúsame -se disculpó el principito. Pero, después de reflexionar, añadió:- ¿Qué significa eso de "domesticada"?

-Tú no eres de aquí -arguyó la zorra-. ¿Qué andas buscando?

-Busco a los hombres -dijo el principito-. ¿Qué quiere decir "domesticar"?

-Los hombres tienen escopetas y cazan. ¡Es muy enojoso! También crían gallinas. Es lo único que los hace interesantes.

¿Andas buscando gallinas?

-No -declaró el principito-. Busco amigos. ¿Qué significa "domesticar"?



-Es algo harto olvidado -dijo la zorra-. Eso significa "estrechar lazos".

-¿Estrechar lazos?

-Seguro -insistió la zorra-. Tú no eres todavía, para mí, sino un muchachito muy parecido a cien mil muchachitos más. Y yo no te necesito. Y tú tampoco me necesitas a mí. No soy para ti sino una zorra semejante a otras cien mil. Pero si tú me domesticas, tendremos necesidad uno del otro. Tú serás para mí el único en el mundo... Yo seré para ti la única en el mundo...

-Empiezo a comprender -confesó el principito-. Hay una flor... Creo que me ha domesticado...

-Es posible. Uno ve en la Tierra tantas cosas...

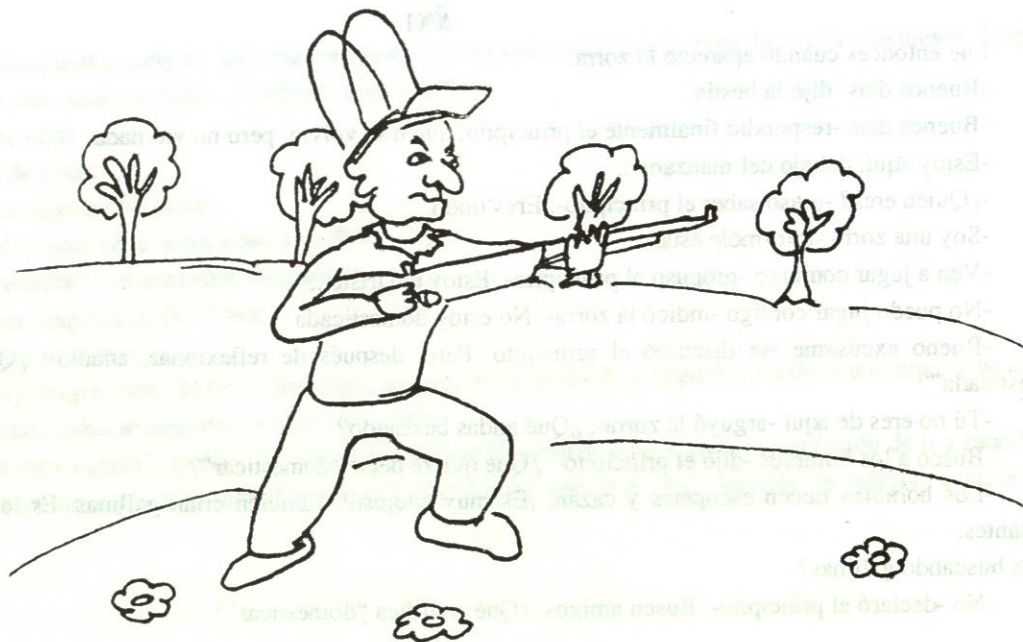
-¡Oh! No se trata de la Tierra -denegó el principito.

La zorra pareció muy intrigada.

-¿En otro planeta?

-Sí.

-¿Hay cazadores en ese planeta?



-No.

-¡Eso es interesante! ¿Y gallinas?

-No.

-No existe nada perfecto -suspiró la zorra. Pero no por eso dejó de insistir en su idea, añadiendo-: Mi vida es monótona. Cazo gallinas y los hombres me cazan. Todas las gallinas se parecen a los hombres también. Me aburro un poco. Pero si tú me domesticas, mi vida será como bañada de sol. Conoceré un ruido de pasos que será distinto de los otros. Los otros pasos me hacen meter bajo tierra. El suyo me llamará fuera del suelo, como una música. ¡Y después, fíjate! ¿Ves allá abajo los campos de trigo? Yo no como pan. El trigo para mí es inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada. ¡Y eso es triste! Pero tú tienes los cabellos color de oro. ¡Entonces, será magnífico cuando me hayas domesticado! El trigo, que es dorado, hará que me acuerde de ti. Y adoraré el ruido de viento entre los trigales...

La zorra se calló y miró largo rato al principito.

-¡Hazme ese favor... domesticame! -susurró.

-Bien quisiera hacerlo -respondió el principito-, pero no dispongo de mucho tiempo. Tengo amigos a quienes descubrir y muchas cosas por conocer.

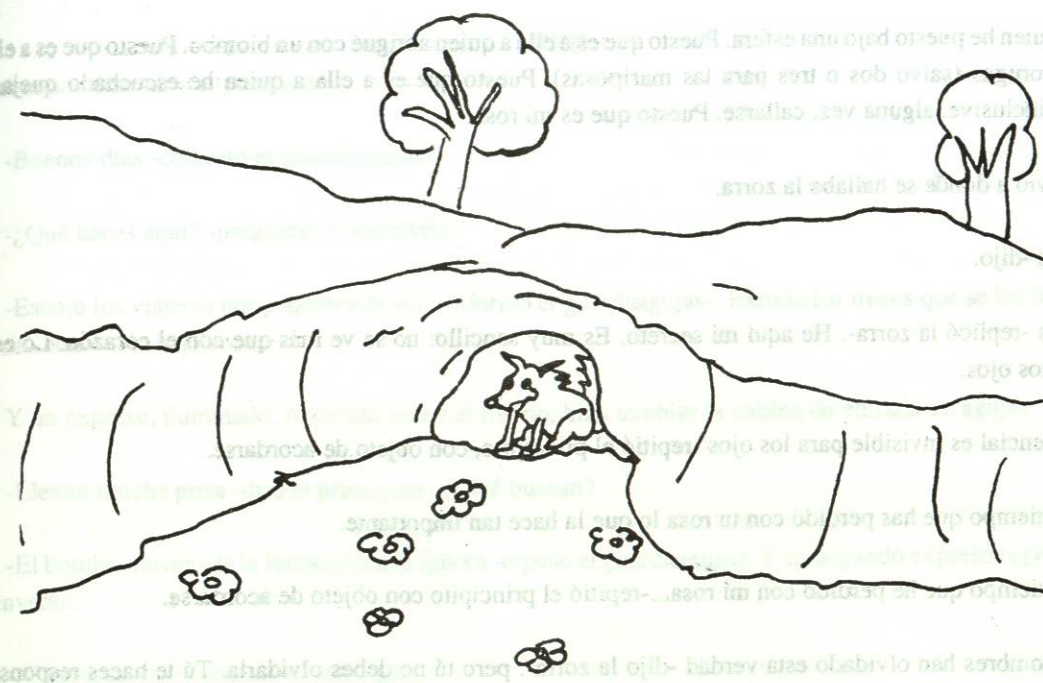
-Uno no conoce más que a las que domestica -opinó la zorra-. Los hombres no tienen tiempo de conocer nada. Compran las cosas hechas a los comerciantes. Pero como no existen comerciantes que vendan amigos, los hombres ya no tienen amigos. ¡Si tu quieres un amigo, domesticame!

-¿Qué es lo que hay que hacer? -inquirió el principito.

-Hace falta ser muy paciente -repuso la zorra-. Te sentarás primero un poco apartado de mí, así, sobre la hierba. Yo te miraré por el rabillo del ojo y no dirás nada. El lenguaje es la fuente de los malentendidos. Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca...

Al día siguiente regresó el principito.

-Hubiese sido mejor que vinieses a la misma hora -observó la zorra-. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, desde las tres yo habré empezado a sentirme feliz. Cuanto más adelantes la hora, más feliz me sentiré. A la cuatro, ya me agitaré y me inquietaré, ¡presentiré la dicha! Pero si vienes a cualquier hora, nunca sabré el momento de vestir de gala mi corazón... Los ritos son necesarios.



-¿Qué es un rito? -preguntó el principito.

-También es otra cosa demasiado olvidada -explicó la zorra-. Es aquello que hace que un día sea diferente de los otros días, una hora de las otras horas. Hay un rito, por ejemplo, entre los cazadores. Bailan los jueves con las muchachas de la aldea.

¡Entonces, el jueves es maravilloso! Me voy a pasear hasta la viña. Si los cazadores bailasen en cualquier momento, los días serían todos iguales y yo no tendría vacaciones.

De esta manera el principito domesticó a la zorra. Y cuando se acercó la hora de partir, dijo aquella:

-¡Ah!... Voy a echarme a llorar.

-La culpa es tuya -dijo el principito-. Yo no te quería ningún mal, pero tú quisiste que te domesticara...

-Muy cierto -asintió la zorra.

-¡Entonces, no sales ganando nada!

-Sí gano -objetó la zorra-, a causa del color del trigo. -Luego añadió-: Ve a ver las rosas de nuevo. Comprenderás que la tuya es única en el mundo. Volverás a decirme adiós y yo te regalaré un secreto.

EL príncipe se fue a ver de nuevo las rosas.

-Ustedes no se parecen en nada a mi rosa -les dijo-. Ustedes no son nada todavía. Nadie las ha domesticado y ustedes no han domesticado a nadie. Ustedes son lo que era mi zorra. Una zorra semejante a otras cien mil zorras. Pero yo he hecho de ella mi amiga, y ahora es única en el mundo.

Y las rosas parecieron muy molestas. El siguió diciendo:

-Ustedes son hermosas, pero vacías. No se puede morir por ustedes. A decir verdad, un transeúnte vulgar creería que la rosa mía se les parece. Pero por sí sola es más importante que todas ustedes, puesto que es a ella a quien he regado. Puesto

que es a ella a quien he puesto bajo una esfera. Puesto que es a ella a quien abrigué con un biombo. Puesto que es a ella a quien he matado las orugas (salvo dos o tres para las mariposas). Puesto que es a ella a quien he escuchado quejarse, darle importancia, e inclusive, alguna vez, callarse. Puesto que es mi rosa.

Y volvió a donde se hallaba la zorra.

-Adiós -dijo.

-Adiós -replicó la zorra-. He aquí mi secreto. Es muy sencillo: no se ve más que con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos.

-Lo esencial es invisible para los ojos -repitió el principito, con objeto de acordarse.

-Es el tiempo que has perdido con tu rosa lo que la hace tan importante.

-Es el tiempo que he perdido con mi rosa...-repitió el principito con objeto de acordarse.

-Los hombres han olvidado esta verdad -dijo la zorra-. pero tú no debes olvidarla. Tú te haces responsable por siempre de aquello que has domesticado. Eres responsable de tu rosa.

-Yo soy el responsable de mi rosa...-repitió el principito, con objeto de acordarse.



Buenos días -dijo el principito.

-Buenos días -contestó el guardaagujas.

-¿Qué haces aquí? -preguntó el principito.

-Escojo los viajeros por paquetes de mil -informó el guardaagujas-. Expido los trenes que se los llevan, tan pronto a la derecha como a la izquierda.

Y un expreso, iluminado, rugiendo como el trueno, hizo temblar la cabina de entrada en agujas.

-Llevan mucha prisa -dijo el principito-. ¿Qué buscan?

-El hombre mismo de la locomotora lo ignora -repuso el guardaagujas. Y un segundo expreso rugió, iluminando en sentido inverso.

-¿Regresan ya? -comentó el principito.

-No son los mismos. Es un intercambio.

-¿No estaban contentos donde estaban?

-Uno no está nunca contento donde está -sentenció el guardaagujas.

Y rugió el trueno de un tercer expreso iluminado.

-¿Es que persiguen a los primeros viajeros? -preguntó el principito.

-No persiguen nada en absoluto -explicó el guardaagujas-. Duermen allí adentro, o bien bostezan. Tan sólo los niños aplastan su nariz contra las ventanillas.

-Tan sólo los niños saben lo que buscan -suspiró el principito-. Pierden su tiempo por una muñeca de trapo, y llega a ser tan importante que si se las quitan, lloran...

-Suerte que tienen -opinó el guardaagujas.



XXIII

Buenos días -dijo el principito.

-Buenos días -repuso el comerciante.

Era un vendedor de píldoras perfeccionadas que apaciguan la sed. Uno se traga una cada semana y nunca más a sentir deseos de beber.

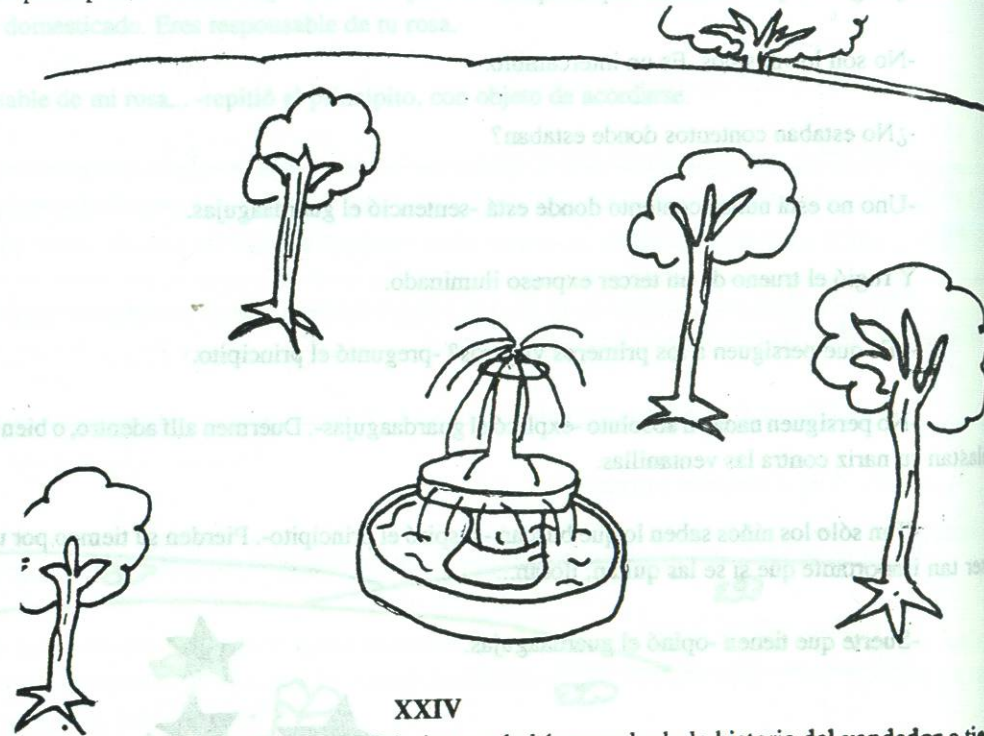
-¿Por qué vendes eso? -preguntó el principito.

-Es una gran economía de tiempo -dijo el vendedor-. Los expertos han hecho cálculos. Uno ahorra cincuenta minutos por semana.

-¿Y qué hace uno con esos cincuenta minutos?

-Uno hace lo que quiere...

"Yo", se dijo el principito, "si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, me iría poquito a poco hacia una fuente".



XXIV

Nos hallábamos al octavo día de mi avería en el desierto, y había escuchado la historia del vendedor a quien ingería la última gota de mi provisión de agua.

-¡Ah! -dijo al principito-. Son muy lindos tus recuerdos, pero aún no he reparado mi avión, no tengo nada que y sería muy feliz si pudiera ir, yo también, poquito a poco, hacia una fuente!.

-Mi amiga la zorra me dijo...

-Pero, pequeño, ¡no se trata ya de la zorra!

-¿Por qué?

-Porque vamos a morir de sed...

No comprendió mi razonamiento y respondió:

-Es bueno tener un amigo, inclusive si uno va a morir. Estoy muy contento de haber tenido una amiga zorra...

"No mide el peligro", me dije. "Nunca tiene hambre ni sed. Un poco de sol le basta..."

Pero leyó mi pensamiento y objetó:

-Yo también tengo sed... Busquemos un pozo...

Tuve un gesto de cansancio: es absurdo buscar un pozo, al azar, en la inmensidad del desierto. Sin embargo, nos pusimos en marcha.

Cuando hubimos caminado en silencio horas y horas, cayó la noche y empezaron a encenderse las estrellas. Yo las distinguía como en sueños, pues tenía un poco de fiebre a causa de la sed. Las palabras del principito danzaban en mi memoria.

-¿Tú también tienes sed?- le pregunté.

El no contestó a mi pregunta. Simplemente me dijo:

-El agua puede ser buena también para el corazón...

No comprendí su respuesta, pero me callé... Yo sabía bien que no hacía falta interrogarle. Estaba fatigado y se sentó. Me senté junto a él. Y después de un silencio, prosiguió:

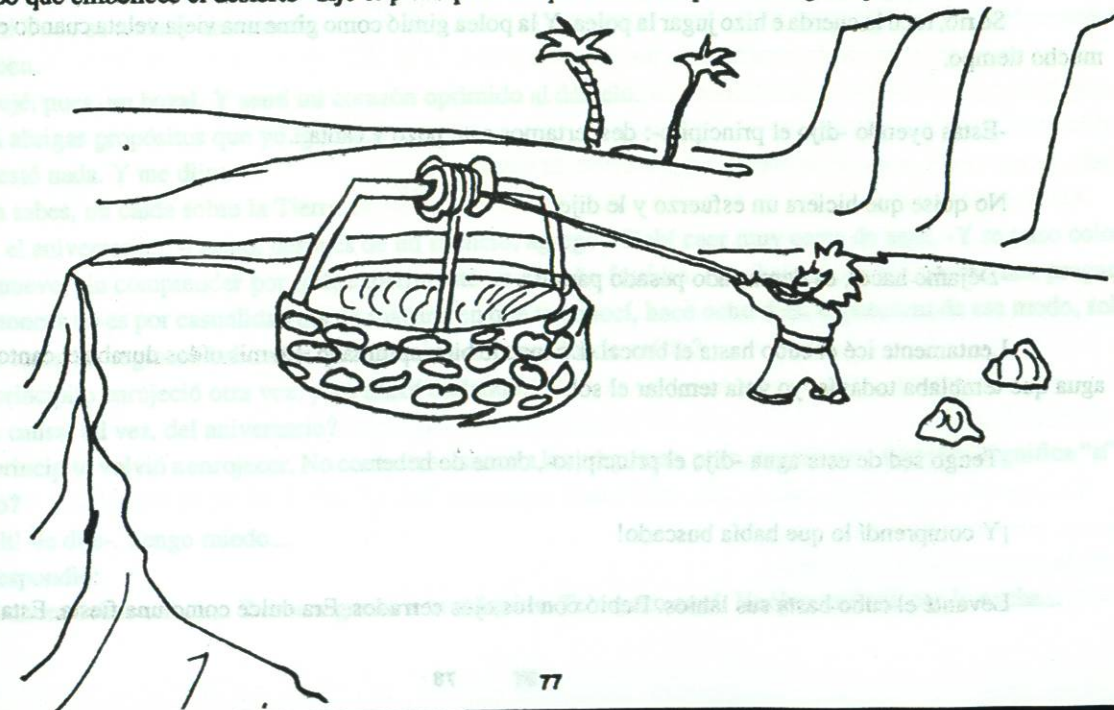
-Las estrellas son bellas a causa de una flor que uno no ve...

"De seguro", respondí, y miré sin hablar los pliegues de la arena bajo la luna.

-El desierto es hermoso -añadió.

Y era verdad. Siempre me ha gustado el desierto. Uno se sienta sobre una duna de arena. No ve nada. No oye nada. Y, sin embargo, alguna cosa irradia en silencio...

-Lo que embellece el desierto -dijo el principito- es que oculta un pozo en alguna parte...



Me sorprendió comprender de súbito esta misteriosa irradiación de la arena.

Cuando yo era un muchachito, habitaba una vieja casona, y la leyenda contaba que allí había un tesoro enterrado. En verdad, nadie ha sabido descubrirlo, y posiblemente ni siquiera se ha buscado. Pero encantaba toda la casa. Mi casa es un secreto en el fondo de su corazón.

-Sí -dije al principito-; trátese de la casa, de las estrellas o del desierto, lo que constituye su belleza es invisible.

-Estoy contento -repuso- de que estés de acuerdo con mi zorra.

Como el principito se dormía, lo tomé en mis brazos y reanudé la marcha. estaba conmovido. Me parecía llevar un tesoro frágil. Me parecía, inclusive, que no debía haber nada más frágil sobre la Tierra. Yo miraba, a la luz de la luna, frente pálida, estos ojos cerrados, estos mechones de pelo que ondulaba el viento, y me decía: Lo que yo estoy viendo no es más que una corteza. Lo más importante es invisible...

Como sus labios entreabiertos dejaban escapar una sonrisilla seguí diciéndome: "Lo que me conmueve tanto es un pequeño príncipe dormido es su fidelidad por una flor, es la imagen de una rosa que irradia en él cual la llama de una lámpara aun cuando duerme..." Y le adivinaba más frágil todavía. Hace mucha falta proteger bien las lámparas: una racha de viento puede extinguirlas...

Y andando así, descubrí el pozo al hacerse de día.

XXV

Los hombres -dijo el principito- se amontonan en los trenes expresos, pero no saben lo que buscan. Entonces se agitan y dan vuelta en redondo. -Y añadió-: No vale la pena...

El pozo que habíamos alcanzado no se parecía a los pozos saharianos. Los pozos saharianos son simples agujeros perforados en la arena. Este parecía un pozo de aldea. pero allí no había ninguna aldea, y yo creía soñar.

-Es extraño -dijo al principito-, todo está a punto: la polea, el cubo y la cuerda...

Se rió, tocó la cuerda e hizo jugar la polea. Y la polea gimió como gime una vieja veleta cuando el viento ha sopado mucho tiempo.

-Estás oyendo -dijo el principito-: despertamos este pozo y canta...

No quise que hiciera un esfuerzo y le dije:

-Déjame hacer, es demasiado pesado para ti.

Lentamente icé el cubo hasta el brocal. Lo instalé bien aplomado. En mis oídos duraba el canto de la polea, y la agua que temblaba todavía, yo veía temblar el sol.

-Tengo sed de esta agua -dijo el principito-, dame de beber...

¡Y comprendí lo que había buscado!

Levanté el cubo hasta sus labios. Bebió con los ojos cerrados. Era dulce como una fiesta. Esta agua era cosa

diferente de un alimento. Había nacido de la marcha bajo las estrellas, del canto de la polea, del esfuerzo de mis brazos. Era buena para el corazón como un regalo. Cuando yo era niño, la luz del árbol de Navidad, la música de la misa de medianoche y la dulzura de las sonrisas formaban así todo el resplandor del regalo de Navidad que yo recibía.

-Los hombres de tu país -observó el principito- cultivan cinco mil rosas en un mismo jardín... Y no encuentran la que buscan...

-No la encuentran -repuse yo.

-Y, sin embargo, lo que buscan se podría encontrar en una sola rosa o en un poco de agua...

-Seguramente -repliqué.

El principito añadió.

-Pero los ojos son ciegos. Hace falta buscar el corazón.

Yo había bebido. Respiraba bien. La arena, al despuntar el día, es de color de miel. Yo era feliz también con este color de miel. Porque hacía falta que yo sufriese penas...

-Hace falta que mantengas tu promesa -me dijo dulcemente el principito, el cual, de nuevo, se había sentado junto a mí.

-¿Qué promesa?

-Ya lo sabes... un bozal para mi cordero... Soy el responsable de esa flor...

Saqué del bolsillo mis artefactos de dibujo. El principito los echó de ver viendo y dijo:

-Tus baobabs se parecen un poco a las coles...

-¡Oh!... Tan orgulloso como estaba con mis baobabs.

-Tu zorra... sus orejas, parecen más bien cuernos... y son demasiado largas.-

Volvió a refr.

-Eres injusto, hombrecillo; yo no sabía dibujar más que boas abiertas o cerradas.

-¡Oh! Todo se andará -murmuró-.

Los niños saben.

Dibujé, pues, un bozal. Y sentí mi corazón oprimido al dárselo.

-Tú abrigas propósitos que yo ignoro...

Pero no contestó nada. Y me dijo:

-Ya sabes, mi caída sobre la Tierra...

Mañana será el aniversario... -Luego, después de un silencio, agregó-: Debí caer muy cerca de aquí. -Y se puso colorado.

De nuevo, sin comprender por qué, experimenté un extraño fastidio. No obstante, se me ocurrió una pregunta:

-Entonces no es por casualidad que la mañana en que te conocí, hace ocho días, te pasearas de ese modo, solo, y a mil millas de todas las regiones habitadas. ¿Regresabas al lugar donde caíste?

El principito enrojeció otra vez, y yo añadí dudando:

-¿A causa, tal vez, del aniversario?

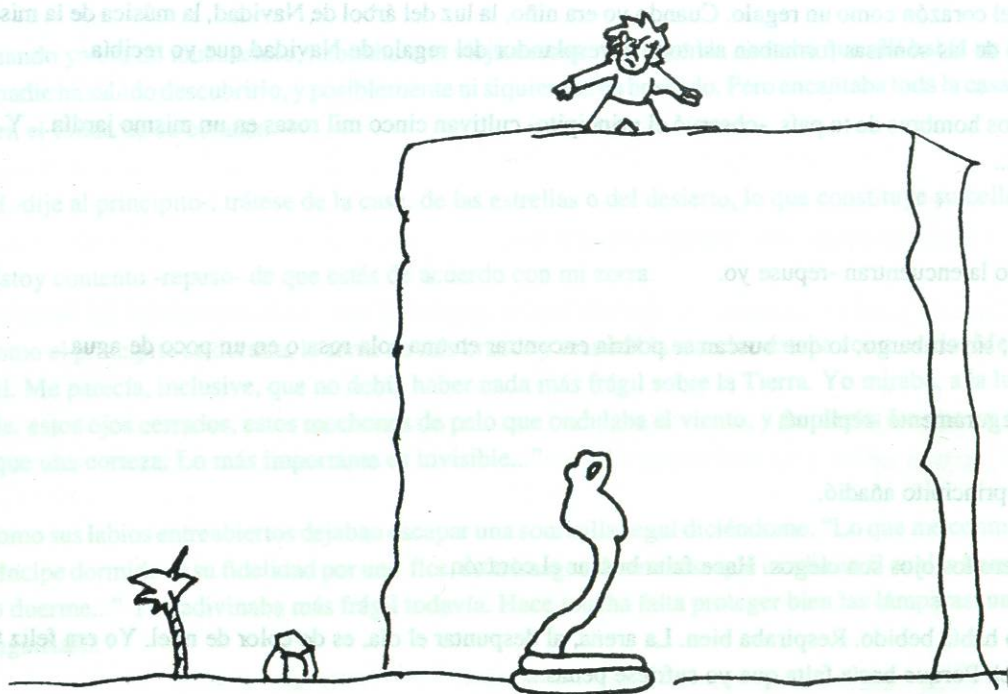
El principito volvió a enrojecer. No contestaba nunca a las preguntas, pero, cuando uno enrojece, significa "sí", ¿No es como digo?

-¡Ah! -le dije-. Tengo miedo...

Pero él me respondió:

-Tú ahora debes trabajar. Debes regresar a tu máquina. Te espero aquí. Vuelve mañana por la noche...

Pero yo me sentía seguro. Me acordaba de la zorra. Uno corre el riesgo de llorar un poco si se ha dejado domesticar...



XXVI

Había, junto al pozo, la ruina de un viejo muro de piedra. Cuando regresé de mi trabajo, al día siguiente, descubrí desde lejos a mi principito sentado encima del muro, con las piernas colgantes. Y lo oí que decía:

-¿No te acuerdas? ¡No es precisamente aquí!

Otra voz debió estarle respondiendo, por cuánto él replicó:

-¡Sí! ¡Sí! Hoy es el día exacto, pero no el lugar...

Seguí mi avance hacia el muro. No veía ni oía persona alguna. No obstante, el principito volvió a replicar:

-De seguro. Tú verás dónde comienza mi rastro en la arena. No tendrás más que esperarme. Esta noche estaré allí.

Me hallaba a veinte metros del muro y seguía sin ver nada. El principito prosiguió, después de un silencio:

-¿Tu veneno es bueno? ¿Estás segura de no hacerme sufrir mucho tiempo?

Hice alto con el corazón oprimido; pero no comprendía nada en absoluto.

-¡Ahora, vete! -dijo el pequeño-

Quiero descender otra vez.

Entonces bajé yo mismo la vista hacia el pie del muro y di un salto. Allí estaba erguida, en dirección al príncipe, una de esas serpientes amarillas que lo matan a uno en treinta segundos. Revolviendo mi bolsillo para sacar el revólver, eché a correr; pero al ruido que hice, la serpiente se dejó hundir en la arena, como un chorro de agua que se extingue, y, sin apresurarse demasiado, se coló entre las peidras con un amplio ruido de metal.

Alcancé el muro al tiempo justo de recibir en mis brazos a mi pequeño bonachón de príncipe, pálido como la nieve.

-¡Qué historia es ésta! ¡Hablas ahora con las serpientes!

Lo liberé de su eterna bufanda de oro. Le humedecí las sienes y le di de beber. Y después no me atreví a preguntarle nada. Me miró gravemente y me rodeó el cuello con sus brazos. Sentía latir su corazón como el de un pajarito que muere, cuando se le ha disparado con perdigones. Me dijo:

-Estoy contento de que hayas encontrado cuál era el defecto de tu máquina.

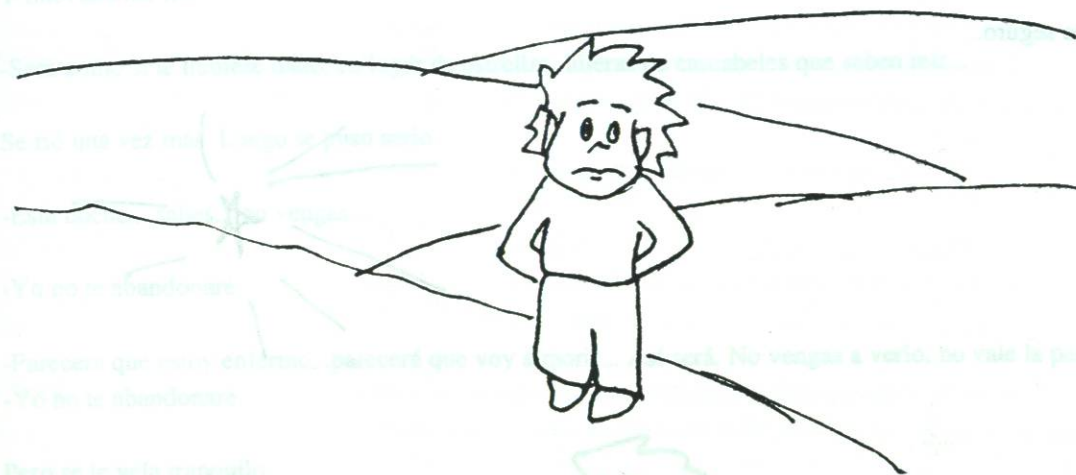
Podrás regresar a tu país...

-¿Cómo lo sabes?

Venía precisamente a anunciarle que, contra toda esperanza, había tenido éxito en mi trabajo. No contestó nada a mi pregunta, pero añadió:

-Yo también regreso hoy, a mi planeta...

Y, melancólico, añadió:



-Es mucho más lejos... Se hace mucho más difícil.

Yo me daba perfecta cuenta de que algo extraordinario sucedía. Lo estreché en mis brazos como a un niño pequeño, y, sin embargo, me pareció que se estaba hundiendo verticalmente en un abismo sin fondo, sin que yo pudiese hacer nada por retenerlo...

Tenía la mirada seria, perdida a lo lejos:

-Tengo tu cordero. Y tengo la caja para el cordero. Tengo el bozal...

Y sonrió con melancolía. Esperé largo tiempo. Sentí que se recalentaba poco a poco:

-Muchacho, tú tienes miedo...

Lo tenía, a buen seguro. Pero se rió dulcemente.

-Mucho más miedo tendré esta noche...

De nuevo me sentí helado por el sentimiento de lo irreparable. y comprendí que no soportaría yo la idea de no volver a escuchar esta risa. Era para mí como una fuente en el desierto...

-Muchachito, quiero seguirte oyendo reír...

Pero me dijo:

-Esta noche hará un año. Mi estrella se encontrará precisamente encima del lugar donde caí el año pasado...

-Mi hombrecito, ¿no es verdad que se trata de un mal sueño toda esta historia de la serpiente y de la cita y de la estrella...?

-Pero no contestó a mi pregunta y me dijo:

-Lo que es importante, eso no se ve...

-De seguro...

-Es como la flor. Si a ti te gusta una flor que se encuentra en una estrella, es dulce, por la noche, mirar al cielo. Todas las estrellas están floridas.

-De seguro...

-Es como el agua. La que me diste de beber era como una música, a causa de la polea y la cuerda... ¿te acuerdas...?